



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



La Ascensión del Señor
5- VI- 211

Textos:

Hech.: 1, 1-11.

Ef.: 1, 17-23.

Mt.: 28, 16-20.

“Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”.

Hoy la Iglesia celebra la Solemnidad de la Ascensión del Señor que originalmente estaba unida a la celebración de Pentecostés. En la segunda mitad del siglo IV la Ascensión del Señor constituye ya una fiesta a parte y es celebrada cuarenta días después de la Resurrección; en el siglo V, es ya comúnmente conocida. De ella nos habla san Juan Crisóstomo; y san Agustín escribe, que “el día de hoy festejamos esta fiesta en todo el mundo”.

“La Ascensión de Jesucristo es nuestra misma elevación, y allí donde nos presidió la gloria de la cabeza (Cristo), es llamada también la esperanza del cuerpo” (la Iglesia). (San León Magno. *Sermón 73* [60], 2-4).

La celebración de este acontecimiento es causa de inmensa alegría y esperanza, pues “la naturaleza humana (...), asciende por encima de la dignidad de todas las criaturas celestiales, para ser elevada más allá de todos los ángeles, por encima de los mismos arcángeles (...), hasta ser recibida junto al Padre, entronizada y asociada a la gloria de aquel cuya naturaleza divina se había unido en la persona del Hijo” (Id, *Sermón 1*, 2-4). Esto es el corazón del *humanismo cristiano*.

Pero el Señor no se aleja de nosotros: “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”, - ¡certeza consoladora! -, así “la ‘*ascensión*’ no es marcharse a una zona lejana del cosmos, sino la permanente cercanía que los discípulos experimentan con tal fuerza que les produce una alegría duradera” (Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret II*).

Jesús vuelve al Padre para regresar al fin de los tiempos, y así lo confirman los “hombres vestidos de blanco” al decirles a los Apóstoles: “Hombres de Galilea, ¿por qué siguen mirando al cielo? Este Jesús, (...) vendrá de la misma manera que lo han visto partir” (Hech. 1, 11). “Con esto queda confirmada la fe en el retorno de Jesús, pero al mismo tiempo se subraya una vez más que no es tarea de los discípulos quedarse mirando al cielo o conocer los tiempos y los momentos escondidos en el secreto de Dios. Ahora su tarea es llevar el testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra” (Benedicto XVI. *Op. cit.*).

La *Ascensión* está íntimamente ligada a la *misión*, que es universal: “...hagan que todos los pueblos sean mis discípulos”. Este *universalismo* no significa simplemente expansión geográfica, sino una transformación profunda mediante el Evangelio, no sólo de los hombres, sino también de todo lo que es propiamente humano.

“La evangelización – dice Pablo VI – es un proceso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, iniciativas de apostolado” (E. N. 24).

Jesús nos envía a anunciar el evangelio, que tiene como objetivo “hacer nacer en quien lo recibe una *adhesión de corazón*. *Adhesión a las verdades* que el Señor nos ha revelado” (Id. 23).

Hermanos, en la Iglesia *todos* somos enviados, *todos* somos llamados a trabajar en el anuncio del evangelio; en la Iglesia todo cristiano es enviado. Esto implica no sólo responder al llamado a trabajar en comunión con Cristo, sino a liberarnos del egocentrismo y la apertura a Jesús.

En el encuentro de Jesús con el corazón cerrado de los fariseos, queda demostrado que una Iglesia que se preocupa demasiado en sí misma pierde vitalidad y credibilidad. La Iglesia, sus instituciones, sus miembros son más creíbles si hablan menos de sí mismos y predicán más a Cristo (Cfr. I Cor. 2, 2) y dan testimonio de Él con su propia vida (Cfr. Doc. Sínodo. 1985, II, A. 2). Análogamente, para el católico individual, *la fe, la esperanza y el amor sólo alcanzan la plenitud cuando se comparten*.

Juan Pablo II nos enseña que: “La actividad misionera renueva la Iglesia, revitaliza la fe y la identidad cristiana y proporciona entusiasmo e incentiva nuevos. *La fe se fortalece cuando se comparte con otros*” (Redemptoris Misio).

El Señor nos envía a todos, también a aquellos que no tienen habitual relación con la religión y amistad con la Iglesia, porque ninguno desea considerarse desheredado de la luz y de la paz de Cristo (Cfr. G. B. Montini, Milán 1957).

El Señor envía a sus discípulos a la misión: “Vayan, y hagan que *todos* los pueblos sean mis discípulos...”; es un envío *animoso y urgente*. Si bien el envío del Señor es a todos los pueblos, no se trata de ir lejos, sino... de llegar hondo (Diego de Jesús), los destinatarios de la evangelización son también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones (Cfr. D.A. 375).

La misión no es fácil, supone desafíos externos e internos, pero lo esencial es la estrecha unión personal entre la persona que envía, Cristo, y la que es enviada, el cristiano. ¡El corazón de la misión es llevar a Dios adentro!

Las dificultades, para anunciar el evangelio, son muchas, pero el Señor no nos deja solos: “Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo”. “Él está con nosotros *ahora*, y de modo particularmente denso en la presencia eucarística” (Benedicto XVI, *op. cit.*), que es fuente y cumbre de la vida apostólica.

Pidamos al buen Dios que su Espíritu encienda el corazón de los católicos para que anunciemos a Jesús el Viviente, la Vida misma (Cfr. Id.).

Amén

G. in D.